

Pero apenas se habla de Dios como referente posible de la conciencia humana; tampoco se trata de las actitudes humanas propiamente religiosas, del sentido religioso o, más sencillamente, de lo que significa rezar, esperar o temer; o de la relación de lo religioso con las grandes cuestiones humanas. Fundamentalmente se clasifican teorías sobre las cuestiones religiosas más generales. Esto es útil en alguna medida y proporciona una cierta erudición histórica en la materia, aunque no sea capaz de centrarla y vertebrarla.

El libro se abre con una sugerente cita de Borges, «Sólo del otro lado del oca-so verás los Arquetipos y Esplendores». Pero a Borges le interesaba lo religioso por su alta capacidad de producir paradojas. Deliberadamente se quedaba en la ficción culta sin ningún propósito de pasar más allá. Le atraía el divertimento intelectual. Este libro también parece sentirse más atraído por los discursos que por los fenómenos. Su objeto no es la trascendencia, ni las experiencias religiosas personales ni siquiera las religiones históricas tal como son vividas; sino más bien las teorías sobre las religiones. Con esto se incoa un proceso *ad infinitum*: sistematizar las sistematizaciones, cada vez más lejos de los fenómenos cuya naturaleza queda problematizada. Esta paradoja no habría escapado a Borges.

Juan Luis Lorda

Fernando INCIARTE ARMIÑAN, *Liberalismo y republicanismismo. Ensayos de filosofía política*, Eunsas, Pamplona 2001, 208 pp., 17 x 24, ISBN 84-313-1924-0.

Este libro, el primero publicado con posterioridad a la muerte del autor, reúne trece artículos que tienen como denominador común la filosofía práctica o política, como prefiere llamarla Ale-

jandro Llano, de quien es la presentación de este volumen. Con esta obra se inicia la publicación de la obra inédita de este filósofo bilbaíno que desarrolló la totalidad de su carrera docente en diferentes universidades de Alemania.

Los cuatro primeros artículos tratan del tema que da título al libro: liberalismo y republicanismismo. Se trata de cuatro ensayos sobre la dialéctica entre estas dos opciones en los que la finura de sus análisis convive con una acentuada capacidad para la ironía de la historia y de las cosas humanas. La profunda caracterización de ambas posiciones permite advertir con claridad sus mutuas limitaciones y su radical insuficiencia para guiar una acción política responsable.

El quinto ensayo, titulado «Utopía y realismo en la configuración de la sociedad (Límites de la Ilustración)», es una reivindicación de lo que Platón llamó «arte regio» y que la tradición asumió con el concepto de prudencia, al que está ligado naturalmente tanto el deseo de sabiduría como el reconocimiento de los propio límites de todo saber humano. Basta leer estas páginas para advertir que es preciso leerlas de nuevo a fin de aprender de los verdaderos maestros.

El siguiente ensayo se titula «Moralidad y sociedad en la filosofía práctica de Aristóteles» y en él se contraponen la filosofía práctica aristotélica y racionalista. En «Bien común y mal común» formula la crítica del principio consecuencialista en ética y en política. «El pasado en el presente» es una reivindicación de la discusión pública frente a los latiguillos de la propaganda ideológica que pervierten la propia historia hasta límites ridículos. En «Revolución investigadora, revolución política» el autor se adentra en el estudio de las motivaciones y consecuencias de los cam-

bios educativos producidos en la Universidad en los últimos siglos. En «Libertad» se contraponen el pensamiento de F.A.V. Hayek y de C. Schmitt para avizorar el papel de la inteligencia y de la voluntad en la vida humana. El título del siguiente ensayo revela por sí mismo su contenido: «Reflexiones sobre la ética de la responsabilidad y la ética de la convicción».

El penúltimo artículo estudia la contraposición natural-racional, comenzando por la contraposición derecho natural y derecho racional y termina con la lucha aristotélica contra el holismo en defensa del principio de contradicción, según el cual no todo está permitido ni para la razón ni para la naturaleza, ni siquiera sólo «en principio», porque sin ello todo sería sólo naturaleza y no habría lugar para ningún pensamiento. Finalmente, en «Cristianismo y democracia: teología política y soberanía popular», el autor muestra las raíces ideológicas que históricamente subyacen al *Decreto sobre la libertad religiosa* del Concilio Vaticano II.

Por otro lado, se echan en falta, algunos elementos editoriales que son de gran ayuda para lectores e investigadores, como son los índices de nombres y temático, o las referencias a las fechas en que fueron redactados los trabajos o sobre las circunstancias que motivaron su composición.

Enrique Moros

Amalia QUEVEDO, *De Foucault a Derrida. Pasando fugazmente por Deleuze y Guattari, Lyotard, Baudrillard*, Eunsa, Pamplona 2001, 269 pp., 14 x 22, ISBN 84-313-1898-8.

El título del libro describe a la perfección su contenido. El primer capítulo

lo es una introducción al pensamiento postmoderno y en sucesivos capítulos la autora va resumiendo y analizando a los diferentes pensadores mencionados en el título. Como se puede ver constituye un amplio repaso a la vida y a la producción literaria de los principales representantes del postmodernismo francés, que tanta relevancia tuvo en los últimos estertores del siglo pasado.

Estas páginas son ilustrativas e informativas de un pensamiento que, a pesar de todos los *post-* que se puedan añadir, se ha acabado aún antes de comenzar, porque como la autora reconoce es improseguible, aunque haya contribuido, quizá de modo excesivo, a conformar el pesimismo antropológico y el escepticismo metafísico de que hace gala la cultura actual.

Por esa razón el balance que presenta el libro resulta especialmente negativo. Veamos algunas valoraciones de los pensadores que abren y cierran la obra. «Foucault cae en la contradicción que atenaza a todos los que profesan algún tipo de escepticismo o relativismo, y en concreto a todos los postmodernos, pues por un lado procura ser objetivo y documentar sus tesis, pero por otro desprecia la verdad objetiva» (106). «Foucault era un objeto imposible», dice la autora citando a Geertz, y concluye: «Escritor fascinante aunque prolijo, desordenado y nada lineal, Foucault tiene un pensamiento reducitivamente espacial, “pensamiento del afuera”. Especialmente débiles y mistificantes resultan sus justificaciones metodológicas, que sin embargo surcan de un cabo a otro sus principales obras» (107).

Y sobre Derrida: «La línea derridiana, si bien es improseguible, es sin duda la más profunda, la más filosófica. La deconstrucción derridiana, a pesar